

INNAP

SERIE PRAXIS

63 Años
al servicio
de México

176

Ceremonia de Entrega del
Doctorado Honoris Causa a
Don Enrique González Pedrero

INNPA

SECCIÓN MEXICANA DEL
INSTITUTO INTERNACIONAL
DE CIENCIAS ADMINISTRATIVAS

INSTITUTO
NACIONAL DE
ADMINISTRACIÓN
PÚBLICA, A.C.

63 Años
al servicio
de México

SERIE PRAXIS

176

**Ceremonia de Entrega
del Doctorado Honoris Causa
a Don Enrique González Pedrero**

Instituto Nacional de Administración Pública, A.C.

PRAXIS 176
Ceremonia de Entrega del
Doctorado Honoris Causa a
Don Enrique González Pedrero

©Instituto Nacional de Administración Pública, A.C.
Km. 14.5 Carretera México-Toluca No. 2151
Col. Palo Alto, C.P. 05110
Delegación Cuajimalpa, México, D.F.
50 81 26 57
www.inap.org.mx

Se autoriza la reproducción total o parcial de esta obra,
citando la fuente, siempre y cuando sea sin fines de lucro.

CONSEJO DIRECTIVO 2017-2020

Carlos Reta Martínez
Presidente

Luis Humberto
Fernández Fuentes
**Vicepresidente
para Asuntos
Internacionales**

Ricardo
Uvalle Berrones
Vicepresidente

Guillermo
Vallarta Plata
**Vicepresidente
para los IAPs de los
Estados, 2017-2018**

CONSEJEROS

José Ángel Gurría Treviño
Roberto Padilla Domínguez
Arturo Núñez Jiménez
Jorge Francisco Márquez Montes
María Angélica Luna y Parra y Trejo Lerdo
Julián Alfonso Olivas Ugalde
Alfonso Pérez Daza
Omar Guerrero Orozco
Eber Omar Betanzos Torres
Jorge Tamayo Castroparedes
Soraya Pérez Munguía
Alejandro Romero Gudiño
Elena Jeannetti Dávila
Carlos Almada López
Fernando Pérez Correa Fernández del Castillo
Manuel Quijano Torres
Raúl Martínez Almazán

CONSEJO DE HONOR

Luis García Cárdenas
Ignacio Pichardo Pagaza
Adolfo Lugo Verduzco
José Natividad González Parás
Alejandro Carrillo Castro
José R. Castelazo

IN MEMORIAM

Gabino Fraga Magaña
Gustavo Martínez Cabañas
Andrés Caso Lombardo
Raúl Salinas Lozano

FUNDADORES

Francisco Apodaca y Osuna

José Attolini Aguirre

Enrique Caamaño Muñoz

Antonio Carrillo Flores

Mario Cordera Pastor

Daniel Escalante Ortega

Gabino Fraga Magaña

Jorge Gaxiola Zendejas

José Iturriaga Saucó

Gilberto Loyo González

Rafael Mancera Ortiz

Antonio Martínez Báez

Lorenzo Mayoral Pardo

Alfredo Navarrete Romero

Alfonso Noriega Cantú

Raúl Ortiz Mena

Manuel Palavicini Piñeiro

Álvaro Rodríguez Reyes

Jesús Rodríguez y Rodríguez

Raúl Salinas Lozano

Andrés Serra Rojas

Catalina Sierra Casasús

Ricardo Torres Gaitán

Rafael Urrutia Millán

Gustavo R. Velasco Adalid

ÍNDICE

Presentación <i>Carlos Reta Martínez</i>	9
Palabras de Fundamentación de la Entrega del Doctorado Honoris Causa <i>Carlos Reta Martínez</i>	13
Intervención del Rector de Sistemas de Universidades Estatales de Oaxaca <i>Modesto Seara Vázquez</i>	19
Entrega del Doctorado Honoris Causa	31
Palabras del Doctor Honoris Causa <i>Enrique González Pedrero</i>	35

PRESENTACIÓN

Uno de los compromisos fundamentales del INAP desde su fundación es la difusión de la cultura administrativa a lo largo del país. Una manera de poner en ejecución esta tarea ha sido por medio de nuestro programa editorial así como por las aulas. Sin embargo, una vía igualmente importante e indispensable consiste en el reconocimiento de aquellos individuos que por su calidad profesional hayan contribuido al desarrollo de la administración pública tanto en la academia como en el servicio público. Por tal motivo, por acuerdo de nuestro Consejo Directivo, se instituyeron las medallas al Mérito Administrativo “José María Luis Mora” y al Mérito Administrativo Internacional “Gustavo Martínez Cabañas”.

Posteriormente, con el mismo espíritu, se estableció la distinción del Doctorado Honoris Causa con la cual se ha celebrado la trayectoria académica de distinguidas figuras de nuestra disciplina como Luis F. Aguilar Villanueva, Fernando Solana Morales e Ignacio Pichardo Pagaza. Todos ellos mexicanos excepcionales, hombres de ideas y de acción pública.

En esta ocasión, se suma a ellos otra distinguida figura, a quien el Instituto se complace de otorgar el Doctorado Honoris Causa: don Enrique González Pedrero, valioso ser humano, mexicano y tabasqueño, formador de varias generaciones de políticos, funcionarios y académicos.

Con la finalidad de compartir con todos nuestros asociados, y el público interesado en general, la memoria del evento, el presente número de nuestra Serie Praxis registra la Ceremonia de entrega del Doctorado Honoris Causa a don Enrique González Pedrero. En esta, se recoge la intervención de Modesto Seara Vázquez y las palabras de agradecimiento de González Pedrero. Lo acompañamos de una galería fotográfica de la sesión.

Aprovecho la oportunidad para agradecer su presencia a todos los asistentes, especialmente al doctor Alejandro Carrillo Castro, encargado del honor de imponer la medalla, así como a los miembros del Consejo Directivo, Arturo Núñez y Angélica Luna y Parra.

Con actos como este el INAP refrenda su compromiso por el cultivo de la ciencia de la administración pública y la construcción de un gobierno más eficiente y profesional.

Carlos Reta Martínez
Presidente del Consejo Directivo
INAP

Ceremonia de Entrega del Doctorado Honoris Causa a Don Enrique González Pedrero

Palabras de Fundamentación de la Entrega del Doctorado Honoris Causa

Carlos Reta Martínez, Presidente del Instituto Nacional de Administración Pública. Apreciados miembros del Consejo Directivo; distinguidos asociados e invitados que nos acompañan en este memorable día. Destaco a Don Enrique González Pedrero y a Don Modesto Seara Vázquez.

Buenas tardes. Sean todos bienvenidos al Instituto Nacional de Administración Pública que en este día se adorna con sus mejores galas, en ocasión de honrar a un mexicano ejemplar que nace en Villahermosa, Tabasco, Don Enrique González Pedrero.

Realizó sus estudios de licenciatura en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y se graduó con la tesis titulada: “Crítica a la religión de Feuerbach”. Su sínodo estuvo compuesto por personalidades tan relevantes como Don Jesús Reyes Heróles.

Posteriormente realizó las especializaciones en sociología, economía y ciencia política en la Universidad de París y obtuvo su grado de maestro en la UNAM con la tesis “Filosofía política y humanismo: Ensayo sobre los manuscritos económico-filosóficos de 1844 de Karl Marx”.

Esta es la formación académica que sentó las bases de su gran trayectoria en las áreas política, docente, administrativa, investigativa y diplomática. Su obra es sumamente amplia, es el producto de una intensa vida de trabajo ininterrumpido lo cual hace difícil sintetizar en pocos minutos su trayectoria, con alto riesgo de dejar algo importante sin mencionar.

Hablar de la labor que ha realizado Enrique González Pedrero en aras del progreso del Gobierno, la Administración Pública, la Diplomacia y la Educación Superior en nuestro país, plantea un enorme desafío.

Su carrera académica se inició en la UNAM en 1955, cabe señalar que durante el período de 1965 a 1970 dirigió la entonces Escuela Nacional de Ciencias Políticas, “La Escuelita”, como le llamábamos entonces, que precisamente se constituyó como Facultad durante su gestión.

Entre las principales actividades realizadas en el ámbito político destacan su desempeño como senador de la República de 1970 a 1976 y el enorme y reconocido trabajo realizado como gobernador del Estado de Tabasco de 1983 a 1987. Regresó al Congreso en 1997 como diputado federal, cargo que ejerció hasta el año 2000.

En el impulso a la cultura y la educación resalta su trabajo como titular de la Comisión Nacional de Libros de Textos Gratuitos entre 1977 y 1982, al tiempo que presidió la Subcomisión Editorial de la Comisión Nacional para la Defensa del Español.

Su carrera diplomática la realizó como Embajador de México en España de 1989 a 1991.

La gran cantidad de intensas actividades desempeñadas no fue obstáculo para que pudiera efectuar una destacada labor editorial que llevó a cabo entre 1955 y 1957 como Editor Responsable de la Revista El Trimestre Económico y, más aún, en 1989 dirigió el Fondo de Cultura Económica.

El arte de la pluma lo ha acompañado en su trayectoria a lo largo de la cual ha escrito diversos libros entre los que destacan: “Filosofía, política y humanismo”, “Riqueza de la pobreza”, “Una democracia de carne y hueso”, “País de un solo hombre: La ronda de los contrarios”, “Tabasco: espacio natural, espacio público” y “Universidad, política y administración”.

Es para mí muy grato tener la oportunidad de poder afirmar que Don Enrique González Pedrero es, sin duda, uno de esos casos excepcionales en los que se reúnen las cualidades y condiciones que, idóneamente, deben tener los encargados de puestos de

autoridad, como lo explicó Ildefonso Estrada y Zenea en su texto “Manual para gobernadores y jefes de Estado”.

Mencionaré algunas de ellas. La honradez, que es el más alto título que enaltece al hombre y lo recomienda para el desempeño de un cargo. La dignidad personal, que obliga al hombre de bien a obrar siempre conforme a sus obligaciones y a cumplir su palabra en todo.

Sobran testimonios que ratifican el intachable proceder de Enrique González Pedrero durante su larga, brillante y destacada trayectoria en la que siempre se condujo de manera sobria y virtuosa.

Arturo González de Cosío refirió que lo más admirable de él es su vida llena de frutos, pero pobre en el alardeo de su éxito. Es un político honesto, inteligente y un gran amigo, dijo en su momento Arturo González de Cosío.

Otra cualidad, la educación, que forma al hombre para obtener perfectibilidad humana, Don Enrique estudió Derecho, Sociología, Economía y Ciencia Política.

Moralidad, como reflejo de buenas costumbres que dan certeza de que el funcionario cumplirá con los deberes que le imponga el cargo a cuyo desempeño se le llama, donde demostrará la generosidad de sus sentimientos, la lealtad de sus afectos y la grandeza de todas las cualidades que constituyen al digno funcionario.

Nuestro homenajeado es reconocido por tener un desempeño impecable en todos y cada uno de los cargos que ha ocupado, sea en la universidad, en el congreso, en el gobierno o en cualquier responsabilidad que se le haya confiado.

Y qué podemos decir de su gran lema de vida: “Sin autoridad moral no hay autoridad alguna”.

Otro concepto es la afabilidad, cualidad del carácter que se refleja en la expresión natural de suavidad, que hace agradable al que la posee y hace deseable el trato con éste. Mostrar afabilidad con los subalternos, cualquiera que sea su condición, permite que la autoridad alcance el respeto de sus colaboradores y su cariño.

Esta afabilidad natural en su carácter logra que todo aquel que tiene trato con Enrique González Pedrero quede encantado, lo admire por su sencillez, lo respete por sus conocimientos que destila y brinda a todo aquel que se le acerque.

Estas cualidades no sólo propiciaron condiciones para desempeñar múltiples tareas sino que, aunadas a su gran inteligencia, han favorecido el éxito en cada actividad que ha decidido emprender. Ha sido capaz de mejorar todo aquel lugar al que ha llegado.

Enrique González Pedrero es una personalidad invaluable de México, talentoso, visionario, congruente y comprometido. Es un excepcional ser humano. Muchas gracias.



El Presidente del INAP, Carlos Reta Martínez, durante sus palabras dirigidas a Enrique González Pedrero.



El público asistente a la Ceremonia conformado por asociados, alumnos y amigos del homenajeado Enrique González Pedrero, escuchando las palabras del Presidente del INAP.

Modesto Seara Vázquez

Rector de Sistemas de Universidades Estatales de Oaxaca

Muy buenas tardes a todos. Señor homenajeadado, viejo amigo; señor gobernador; señor Presidente del Instituto, y muchos amigos que tengo aquí, muchos casi casi desde la prehistoria, que fue cuando primero nos encontramos.

Voy a tratar de no repetir, aunque inevitablemente voy a tener que repetir algunas cosas, pero se supone que en las ceremonias, en donde estas ceremonias huelen un poquito a moho de la historia.

Empieza el que abre la sesión con la *laudatio*, es decir, alabanzas. Y en estos tiempos en que con frecuencia los títulos se regalan por razones que no tienen nada que ver con los méritos personales, siempre hay que inventar méritos si no los tiene el homenajeadado.

Aquí una *laudatio* sobra, todos conocemos quién es Enrique González Pedrero desde hace mucho tiempo, yo particularmente, es una larga amistad que me une con él, según una sombra en ya más de 50 años, somos un poquito viejos, pero siempre ha habido una amistad y un respeto absoluto en todo este período, junto también con algunos colaboradores que yo veo aquí que tienen mi afecto y sé que tengo el de ellos.

En lugar de una *laudatio*, yo lo que voy a ofrecer es, usando la misma palabra, pero otra palabra igualmente pedante, *testimonium*. Yo voy a deponer aquí, hacer una deposición de pruebas y juicios.

Sobre la vida ya se ha dicho bastante. Inició su navegación por el planeta el día 7 de abril de 1930. Creo que la primera piedra se puso allá por el mes de julio, igual que la mía se puso allá por el mes de diciembre, yo soy de invierno y él es de verano.

Su formación y su vida académica, su vida es una vida muy interesante porque es una vida entre la academia y la vida política. Generalmente no hay mucha compatibilidad entre la vida académica y la política, los académicos solemos ser muy malos políticos. Las bases de la vida académica no son compatibles con los requerimientos de la vida política, luego me extenderé un poquito sobre ello.

Pero ya se han explicado aquí las líneas principales de su vida académica, a mí me tocó ser testigo de una parte de ella y seguirla. No recuerdo exactamente la primera vez que nos encontramos, pero fue en su casa, no era en Miguel Ángel de Quevedo, era antes otra cosa, un departamento en algún lugar, no sé qué evento hubo y en uno de sus problemas universitarios, típicos del medio universitario, ahí hubo una reunión de profesores para expresar nuestra solidaridad al profesor de la Facultad que luego, enseguida sería Director. Y después, ahí se inicia una amistad que no ha tenido tregua en todos estos años.

En 1965 estaba yo de profesor visitante en la Universidad de Utah y recibí correspondencia, una carta en que me invitaba a unirme después a la Facultad de Ciencias Políticas y, efectivamente, yo estaba en el Instituto de Derecho Comparado y aunque daba clase en Ciencias Políticas desde principios del 61, decidí pasarme con armas y bagajes a la Facultad de Ciencias Políticas de tiempo completo, aunque continué durante algún tiempo dando clases en la Facultad de Derecho.

Ahí se hizo la reforma de los planes de estudios en el año de 1966, eso ya desata una colaboración muy intensa, después me encarga, me ordena, era el Director, que yo lo acepté con mucho gusto, que fuéramos preparando la organización de la División de Postgrado para transformar la Escuela en Facultad.

Y, efectivamente, se hizo; se había fijado primero un plazo de dos años, eso fue hacia finales del 66, y en el 67 iniciábamos ya

las labores con cuatro doctorados ahí en la Facultad, entonces ya Facultad de Ciencias Políticas.

Fueron años muy complejos, muy difíciles. Coincidió con el inicio de lo que después desemboca en el 68. Todo el 67 fue un año de turbulencia tremenda en la universidad, a veces se olvidan esas cosas.

Se trató por todos los medios de mantener un poco el equilibrio, algunos profesores, recuerdo algún artículo publicado por Pablo González Casanova, sobre la aritmética de la revolución, creo que le llamaba, en donde hace un análisis para pedir reflexión por parte de la Comunidad Universitaria.

Se veía que había un embate contra la universidad pública y, particularmente, contra la UNAM. Entonces las facultades que estaban en la avanzada eran las facultades que tenían que tomar una parte más activa en esa defensa. Había algunas que ahora también nos olvidamos del papel que desempeñaban, la Facultad de Arquitectura era una de las más rebeldes por llamarle así, ahí se llegó a establecer, incluso, el autogobierno.

La Facultad de Economía. A mí me tocó dar dos conferencias en las dos, en condiciones muy difíciles. En Ciencias Políticas estábamos sometidos al embate de agentes provocadores que estaban ahí todo el tiempo. A mí me tocó alguna reunión con el Director de la Facultad, voy a reflejar una de las anécdotas porque da una idea de la personalidad de Enrique González Pedrero.

Había ahí un personaje que pasaba por revolucionario y que un día nos amenazó con una huelga si no pagábamos no me acuerdo cuánto. Y el Director me llama, estaba indignado y me dice: Ocurre esto. Le dije yo: bueno, dígame que sí. ¿Cómo le voy a decir que sí? Dígame que sí y grabamos todo lo que él diga y luego yo lo pongo allá afuera.

Ahí estaba muy claro, él se echó las manos a la cabeza y me dijo: Eso no se puede hacer, por dos razones; una, porque primero si usted pone eso afuera lo linchan y, segundo, porque después nadie quiere hablar conmigo y cómo voy a manejar yo esto?, lo cual puso de evidencia la diferencia entre una mente políticamente primitiva como la mía, y otra que se veía que tenía otras ideas más claras de cómo había que manejar las cosas.

La serenidad en ciertas circunstancias para poder conservar el control de la situación, el líder no se puede ni emocionar, aunque lo haga, ni mostrar que lo hace, ni tampoco tomar decisiones imprudentes, tiene que ser un estabilizador y no un desestabilizador.

Esas condiciones del 67 colocaban a la Facultad de Ciencias Políticas en el vórtice de la tempestad que se iba a desatar un año después, porque en realidad empezó en el 67, durante todo el 67 y no teníamos una idea muy clara de lo que estaba pasando.

Pero se hizo, incluso, una comisión en la Dirección General de Acción Social de la Rectoría para darle seguimiento a esa cuestión y se le dio seguimiento durante cierto tiempo.

González Pedrero me pidió que me encargara de una parte de las actividades académicas para que pudiera concentrarse en mantener la tranquilidad de la universidad, que de otra forma era imposible controlar. Constantemente habían manifestaciones de todo tipo, bloqueos, se interferían las clases, no funcionaba la Facultad. Y con un trabajo muy paciente, hablando con toda la gente, con unos y con otros, consiguió mantener el equilibrio de la universidad.

En 1969 yo tenía fatiga de combate y entonces dije que me iba de vacaciones. Hicimos un viaje, coincidimos en España, hicimos un viaje con la recordada Julieta. Fuimos de Madrid hasta Galicia, en Madrid recuerdo que estábamos comiendo en un restaurante y llegó un periodista distinguido de México, Pagés Llergo, que fue

el que nos dio la noticia de cómo iba a ser el destape, eso fue en el mes de agosto, o sea, que estaba mejor informado que nosotros y nos dijo quién iba a ser el siguiente Presidente y, efectivamente, lo fue.

Durante el viaje hacia Galicia pasamos por zonas cercanas a donde había nacido el gran poeta León Felipe, lo recordamos cuando pasábamos cerca de Taba.

En el año 72 ya se dijo, fundó el Instituto de Capacitación Política dentro del PRI, el ICAP, fue el primer director, una buena idea que los políticos tengan una formación sólida y que conozcan el país, que sepan cuántos artículos tiene la Constitución para empezar y algunas otras cosas. ¿Dónde están las distintas partes del país? Todo eso es importante, tienen que ser profesionales que tengan el conocimiento, los problemas que tienen que resolver.

Después en el 74 hubo otra singladura, que fuimos juntos y fue en el Canal 13. En el año 74, si no me recuerdo mal, toma posesión como Director de lo que era el Canal 13 de Televisión, una televisora que se había convertido en pública hacia poco, había empezado como una empresa privada. Era una empresa muy modesta, las oficinas estaban en la Torre Latinoamericana, a cada rato venían los bomberos por si había un incendio, ya nos dijeron que no había, a menos de que lleváramos un paracaídas, forma de salvarse ahí, teníamos que tener mucho cuidado con eso.

Y los estudios estaban en la calle de Mina en condiciones precarias, tan precarias que había que sostener los tejados y los pisos con gatos hidráulicos para que no se cayeran.

Tocó a Enrique González Pedrero la transferencia de la sede, ya se habían empezado las obras, pero tocó la parte más dura que era acabar las obras, redujeron el presupuesto del Canal 13 y a pesar de ello todavía había que acabar las obras, fueron momentos sumamente difíciles.

Y hubo el cambio a las instalaciones del Ajusco, en aquellos años eran instalaciones nuevas, pero se trabajaba con un presupuesto sumamente pequeño y era necesario hacer montones de malabares para poder llegar al final del año, ya no se podían hacer ediciones con las máquinas, había que trabajar toda la noche y había que limpiar algunas cosas, era una de esas características de Enrique González Pedrero, la honestidad, tan rara en nuestros tiempos, ahí estaba en su plenitud.

Corrió a algunos, a un amigo lo corrió porque debía de correrlo, corrió a un personaje de la televisión que luego ha estado dando mensajes de pureza, lo corrió por corrupto también, y lo corrió porque había que correrlo. Y tomó las decisiones que había que tomar en el momento en que hay que tomarlas. Manejó con eficiencia eso.

Llegó el año de 1976, como pasa a veces en la política, pues yo creo que más que por convicciones que por cálculo, él apoyaba un amigo y el amigo perdió, hubo que pagar las consecuencias. Estábamos juntos justo en el momento en que nos comunicaron esa noticia, también compartí con él ese momento.

Y lo mantuvo con toda dignidad. Cuando trataron de acercar a él los vencedores para ofrecerle piedad, dijo que no, mantuvo su dignidad y no les hizo caso a ninguno. La mantuvo hasta que después cuando hubo que aceptar condiciones, aceptaron sus condiciones. De todo eso me acuerdo bien y por eso digo que presento el testimonio.

En el 76 mientras se producía el cambio, el relevo en la Presidencia de la República, Enrique González Pedrero regresaba a la vida académica en Acatlán, iniciaba toda una serie de trabajos que ha continuado a todo lo largo de este tiempo.

Ya se han mencionado las obras, puedo mencionarlas para los que no las conozcan: “Filosofía, política y humanismo”; “La revolución cubana”; “El gran viraje”, “Riqueza de la pobreza”,

“La cuerda floja”, “Las voces de la naturaleza”, en colaboración con su esposa, Julieta Campos, “Una democracia de carne y hueso”. Y después la obra magna, la ópera magna “País de un solo hombre”, un estudio monumental de la vida analizando a Santa Anna. Lleva publicados dos volúmenes: Volumen I “La ronda de los contrarios”, Volumen II “La sociedad del fuego cruzado y el Volumen III que me acaban de dar el título: “El brillo de la ausencia”, que pronto tendremos el gusto de leerlo, antes de fin de año según me dicen.

En otras épocas, al comienzo, también colaboré en algunas revistas. Aparte del “Trimestre Económico”, colaboré en la revista Política, una revista que hoy muchos han olvidado y creen que todo empezó ahora. Esa fue una revista que se puede estar o no de acuerdo con todo lo que se escribía ahí, pero una revista que implicaba una actitud valiente en momentos en que no todos tenían el mismo valor. Fue en los 60, cuando colaboré en esa revista.

Llega el Movimiento de Liberación Nacional, inspirado en gran parte por el general Cárdenas.

Como senador de la República estuvo desde el año 70 hasta el 76. Ya dije que fue Director fundador del ICAP, y tuvo otros puestos. En el Canal 13 tomó posesión en la Torre Latina, me acuerdo del evento. Después fue Director de la Comisión del Libro de Texto Gratuito, también tuve el honor y el gusto de colaborar con él ahí.

Después en el gobierno de Tabasco, lo acompañé algunas veces en la campaña por el Estado, lo nombraron Director General del IEPES en 1987, Director del Fondo de Cultura Económica y luego como Embajador en España.

Lo visité en España varias veces, estaba fatigado, ya no quería más visitas, decía: “aquí ya no aguanto, me convertí en guía de turistas”, todos los que pasaban por aquí querían su carro y que los atendiera. Por eso yo creo que se aburrió un día y dijo: “adiós,

me regreso, no es mi vocación ser guía de turistas”, nunca se lo pregunté, pero me imagino que así sería.

Finalmente, después fue diputado federal de 1997 al 2000, y se dedica a la vida académica. ¿Cómo se relacionan? Porque es un ejemplo muy interesante para analizar y ver cómo se relacionan las condiciones de académico y político. Generalmente, como dije antes, los académicos son malos políticos. El rigor científico no se combina bien con las conveniencias de la táctica política.

También hay algunos políticos que creen que pueden convertirse en académicos y convierten su clase en anécdota, omiten, son inconsecuentes, generalmente hacen un recuento de sus frustraciones y una crítica a todo lo que no les gusta o no les conviene.

¿En dónde colocaría yo a Enrique González Pedrero?, yo le daría un gran lugar en la academia, el que merece y que ganó con su trabajo, con su educación, con su honestidad, con su visión y lo sacaría de la política.

Sus disquisiciones eruditas sobre Maquiavelo y demás clásicos de la ciencia política no me convencieron nunca de que expresaran la verdadera personalidad de Enrique González Pedrero, contra lo que pudieran conservar, pudieran pensar algunos, incluyendo el propio Enrique González Pedrero, la aparente frialdad y cálculo desapasionado cubre una personalidad más emocional y más ligada a los principios.

Enrique González Pedrero engaña, uno lo ve como frío, calculador y reservado, una vez dijeron eso de mí y es mentira, y en este caso es más mentira todavía. Ese es un grave defecto para un político que según me decía un viejo amigo, el líder socialista español Indalecio Prieto: “Todo político debe de estar dispuesto desde que se levanta por la mañana a tragar sapos y serpientes”.

Enrique González Pedrero nunca lo hizo y por eso marcó siempre su propio camino, por eso sólo puedo estar en parte de acuerdo con la afirmación de alguien, al referirse a Enrique González Pedrero. Le aprendí que en política, corazón caliente y cabeza fría, eso es lo que dicen. López Obrador dixit.

Es Enrique González Pedrero un líder carismático y apasionado que le gusta acercarse a las masas y dejar que las masas se acerquen a él, buscando tocar el manto del profeta, tampoco. Podría citar los nombres de un montón de demagogos que se ajustarían a la definición de líderes tal como los entiende la mayoría, dispuestos a decirles al pueblo lo que quiere escuchar para alcanzar el poder político y después quizás dispuestos a olvidar las promesas o, peor aún, decidirse a tratar de aplicar las políticas que le pidió el pueblo. Eso es todavía peor, porque no se puede gobernar por encuestas de manera coyuntural, descendiendo al populismo más abyecto.

La construcción del futuro exige sacrificios a corto plazo que pocos están dispuestos a asumir, si les preguntan lo que quieren, de modo inmediato.

La desgracia con estos planteamientos es que el liderazgo político como camino para adquirir el poder político exige mentir y fingir, y por ello las probabilidades de llevar al poder a líderes honestos son muy escasas y los pueblos acaban eligiendo a idiotas o farsantes. Miren alrededor, fuera de aquí, aquí todos somos inteligentes, guapos y todo.

El verdadero dirigente debe proponer sus propias soluciones a los problemas sociales y asumir la responsabilidad de defenderlas, pero sin llegar a imponerlas. Entre la demagogia y la dictadura debe estar la consistencia ideológica en el más estricto respeto a la voluntad popular para aplicar, sin engaños, el proyecto político que llevó al poder al gobierno de que se trate. La democracia representativa permite precisamente eso,

tomar decisiones a mediano y largo plazo, sin concesiones a la demagogia cortoplacista.

¿Dónde clasificaría a Enrique González Pedrero en su actuación? En una también larga vida política en el país, en su vida pública, lo colocaría en una categoría en la que escasean los protagonistas.

Enrique González Pedrero además de un académico sólido y honesto es un hombre de Estado, esto es lo que falta, hombres de Estado, que ha sabido, cuando tuvo la ocasión, gobernar con mesura, con honestidad y con eficacia.

Su paso por la gubernatura de Tabasco fue un ejemplo de todo ello. Pudo haber sido mucho más si tuviera las tragaderas que otros tienen. En el homenaje que hace unos años se le rindió en la UNAM le hice un reproche, que le falló la aplicación de algunas ideas de Maquiavelo y que por haber mantenido sus principios rechazó una propuesta de nombramiento, que en mi opinión y la de mucha otra gente, podía haber abierto el camino de él hacia la Presidencia de la República. Fue una lástima.

Pero dijo que no, no me toca a mí dar los detalles de lo anterior, pero sí debo precisar que aunque mantengo las conclusiones de mi análisis, reconozco que no soy yo el más adecuado para formular reproches pues en circunstancias algo parecidas a colega universitario europeo, hace cerca de 40 años, me formuló la misma crítica a mí, y le respondí que cuando abandonamos algún principio por conveniencia política acabamos abandonándolo todo.

Enrique González Pedrero lo explicó por su lado cuando escribió que sin autoridad moral no hay autoridad alguna como se acaba de mencionar aquí también. Y que creo en la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace y siempre he estado convencido de que importa más lo que se es, que lo se aparenta ser. La realidad más que la apariencia.

Lo que no excluye, diría yo, el necesario realismo político al enfrentarse a los problemas de cada día. También lo explica Enrique González Pedrero: La política no se hace con serafines y por experiencia, también me consta que la condición humana suele dotarnos a todos en mayor o en menor dosis con pocas virtudes o muchos defectos; son extractos de una carta que dirigió a Proceso en noviembre del año 95.

Eso es verdad para todos nosotros, pero la diferencia entre unos y otros estriba en el nivel tanto de las virtudes como de los defectos que cada quien pueda atribuirse, nadie es perfecto.

A estas alturas del largo camino de la vida, con la serenidad que da el sentimiento de haber cumplido con los demás y consigo mismo, ya en el remanso de una vida académica activa, Enrique González Pedrero puede mirar hacia atrás y sentir que ha alcanzado muchos objetivos, pero yo quiero unirme a todos los aquí presentes y a tantos otros que sabemos sienten lo mismo que nosotros para decirle a nuestro amigo que tiene todo el derecho de mirar con satisfacción al pasado, pero que no olvide la obligación de seguir mirando al futuro en el que tiene todavía mucho que ofrecer. Muchas gracias.



Modesto Seara Vázquez dirigiendo un mensaje de reconocimiento a Enrique González Pedrero.



Los invitados especiales a la Ceremonia escuchando las palabras de Modesto Seara Vázquez hacia Enrique González Pedrero.

Entrega del Doctorado Honoris Causa

Carlos Reta Martínez: Amigas y amigos, por acuerdo del Consejo Directivo del Instituto Nacional de Administración Pública, hoy homenajeamos a Enrique González Pedrero otorgándole el Doctorado Honoris Causa, para reconocer su excepcional obra en el gobierno, la política, la Administración Pública, la Educación y la Diplomacia.

El Doctorado Honoris Causa se significa por una medalla y un pergamino. Voy a pedir a nuestro apreciado y distinguido Asociado integrante del Consejo de Honor, quien fue el primero en obtener el grado de Doctor en Administración Pública en nuestra Facultad, Alejandro Carrillo Castro, imponer la medalla a Don Enrique González Pedrero y para ese propósito los invito a pasar aquí al frente.

- El doctor Alejandro Carillo Castro procede a imponerle la medalla al homenajeado Enrique González Pedrero.

A continuación, en representación de esta institución haré entrega del pergamino al maestro Enrique González Pedrero, pergamino que a la letra dice:

“El Instituto Nacional de Administración Pública, A.C., Sección Mexicana del Instituto Internacional de Ciencias Administrativas, por acuerdo de su Consejo Directivo, otorga la distinción Doctor Honoris Causa a Enrique González Pedrero, por su aporte intelectual y legado al conocimiento, reflexión, investigación y estudio de la Administración Pública en México”.

Maestro reciba usted este diploma.

Cedo ahora esta tribuna para que escuchemos las palabras del Doctor Honoris Causa Enrique González Pedrero.



Diploma y medalla alusivas a la distinción Doctor Honoris Causa a Enrique González Pedrero



Asociados distinguidos asistentes a la Ceremonia de entrega de la distinción Doctor Honoris Causa a Enrique González Pedrero



Palabras del Presidente del INAP, Carlos Reta Martínez previo a la entrega de la distinción.



Enrique González Pedrero recibe el Diploma alusivo al Doctorado Honoris Causa de manos del Presidente del INAP, Carlos Reta Martínez.

Dr. Enrique González Pedrero Distinguido con el Doctorado Honoris Causa

Quiero agradecer, en primer lugar, las palabras de mis amigos más producto de la amistad que de cualquier otra cosa, de Don Carlos Reta Martínez y del doctor Modesto Seara Vázquez que son viejos amigos míos, de manera que antes de cualquier otra palabra vaya mi agradecimiento a Don Carlos Reta Martínez y a Don Modesto Seara Vázquez.

Y ahora queridos amigos, voy a leer lo que escribí para esta ocasión. En primer lugar, “Quien no sabe de dónde viene no sabe a dónde va”. Para agradecer la honrosa distinción que me hace el Instituto Nacional de Administración Pública, me referiré para compartirla con ellos a varios de los maestros que a lo largo de la vida estudiantil me estimularon y contribuyeron a mi formación.

Me pregunto ¿sin esa ayuda sería yo el mismo? Lo cierto es que a merced a ese apoyo opté por el ser en vez del tener. En primer lugar, Doña Cándida Rosa Pedrero Fósil, mi madre, maestra normalista que me enseñó a leer y a escribir y las operaciones aritméticas fundamentales pero, sobre todo, el ser ordenado de las tareas cotidianas lo que ha sido esencial a lo largo de la vida pues me convirtió en una persona ordenada, disciplinada.

¿Y acaso administración no es orden? De mis guías en la escuela primaria recuerdo a mi maestra de primer año ya aquí en la Ciudad de México, pues por la expedición punitiva que encabezó Rodulfo Brito Foucher a mediados de los años 30 del Siglo XX contra el régimen garridista, mi padre que era un modesto funcionario del gobierno, recaudador de rentas en el municipio de Macuspana, tuvo que abandonar Tabasco con toda la familia, mi madre, mis hermanos y el de la voz como lo hicieron muchos miembros y partidarios del régimen caído.

El viaje de Villahermosa a Frontera en un barco como los del Misisipi y de Frontera a Veracruz en una embarcación campechana durante tres días para luego en ferrocarril trasladarnos del Puerto a la Ciudad de México.

Y ya aquí, gracias a la generosidad de la hermana de mi padre, Carmen, tía Carmita que trabajaba en la Secretaría de Comunicaciones, pudimos alojarnos temporalmente en su modesta habitación de la calle de Motolinía, entre 5 de Mayo y Tacuba mientras mi padre, Don Ramón González Vega buscaba un nuevo trabajo, lo que a fin de cuentas ocurrió gracias al gobernador de Guerrero, el general Don Alberto F. Berber, amigo de mi padre, quien al enterarse de la precaria situación por la que atravesábamos le ofreció el puesto de secretario municipal de Chilpancingo, de manera que la familia se trasladó a la capital del Estado de Guerrero, con mi excepción, pues al cumplir los 6 años fui inscrito en el primer año de la Escuela “Daniel Delgadillo”, situada en la calle de Cuba frente a la Plaza de Santo Domingo.

Hago este recorrido para traer a colación a mi maestra de primer año a quien recuerdo con cariño, porque habiendo enfermado de sarampión la maestra avisaba del porqué de mis ausencias, me visitó en mi cuarto “de enfermo”, recuerdo todavía el foco eléctrico, la bombilla, cubierto con papel de china rojo para que no molestara la vista.

Aquella gentileza de mi maestra la apreciaré siempre, lamentablemente no recuerdo su nombre lo cual siento de veras, pero no quiero dejar de mencionar su recuerdo por la amabilidad de aquella visita.

Concluido el primer año pude reintegrarme con la familia en Chilpancingo donde cursé el segundo año, y los tres siguientes en Acapulco, pues mi padre aceptó el mismo cargo que desempeñaba en la capital del Estado, ahora en el bello puerto donde en compañía de mis hermanos fuimos inscritos en el Colegio

Acapulco, que dirigía la maestra Chita, Felicitas V. Jiménez, a la que ahora traigo a colación por su cariñosa tutela y saber que transmitía con un don de gentes único.

Vivíamos entonces frente al colegio en la calle de la Quebrada, de modo que con sólo atravesar la calla estábamos en el colegio o en casa. Aquellos días fueron espléndidos y me vienen a la mente como una suerte de compensación por nuestra abrupta y triste salida de Tabasco; pero otra vez el gobierno del general Berber terminó abruptamente y la familia debió regresar a México, de manera que fue en la gran ciudad donde concluí mi educación primaria en la misma escuela donde había y estudiado el primer año.

La secundaria la cursé en varias escuelas por la movilidad a la que seguía sujeta la familia. El primer año en la secundaria número uno, situada en la calle de Regina. Recuerdo a mi maestra de historia por su cultura y por su carácter, también por su prestancia, era una mujer muy elegante, enérgica, casi siempre vestida de negro.

El segundo año lo estudié en Villahermosa a donde fui de vacaciones a casa de un hermano de mi madre, Isidoro Pedrero, y ya instalado decidí quedarme a vivir con mi tío y su familia durante un año, en consecuencia, me inscribí en el Instituto Juárez, antecedente de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, la UJAT.

En Villahermosa cumplí los 15 años y transité a la juventud, eso ocurrió en 1945 y aquel año lo recuerdo con mucho gusto, en primer lugar, por mi reencuentro con la patria chica y por mis amigas y amigos, y por las experiencias adquiridas.

Por aquella época mi padre había regresado a Acapulco, esta vez a la Junta Federal de Mejoras Materiales, invitado por Don Alejandro Gómez Maganda quien originalmente presidió aquel organismo, de manera que ya el tercer año de la secundaria lo

cursé en la Secundaria Federal número 22 que dirigía el maestro Don Eduardo Vega Jiménez, presidía entonces la Sociedad de Alumnos de aquella institución.

Para estudiar la preparatoria regresé a México a casa de mi tía Carmita y de mi abuela doña Leonor Vega, quienes entonces vivían en la calle de Artículo 123 y desde donde yo caminaba todos los días hasta la Escuela Nacional Preparatoria en la calle de San Ildefonso.

Esta era una gran escuela, una prestigiosa institución con excelentes profesores. Recuerdo desde luego a ese portento que era Don Erasmo Castellanos Quinto y su clase de Literatura, que me mantenía embelesado durante las exposiciones de las obras maestras de la literatura universal. ¡Qué maestro!

Otro de los grandes de entonces fue el maestro Menéndez Samará, quien me introdujo en la interesantísima y amplia temática de la filosofía, tanto me impresionaron sus lecciones que estuve a punto de cambiar la Facultad de Derecho por la de Filosofía.

En fin, todo el cuerpo docente de San Ildefonso era de primera y la formación que ahí adquirí fue excepcional. El francés desde entonces fue un idioma que siempre aprecié, pues además me encantaban las canciones de la Môme Edith Piaf.

Olvidaba mencionar que en la preparatoria seguía interesado en la política estudiantil y entonces en compañía de otro paisano, Luis Priego Ortiz quien la encabezó, vicepresidí la Sociedad de Alumnos y fui delegado a la Federación Estudiantil Universitaria, donde traté a Agustín Arriaga Rivera y a Carlos Torres Manzo, ambos brillantes miembros de la Escuela Nacional de Economía que presidieron la FEU y más tarde serían gobernadores de Michoacán y secretarios de Estado.

Y así llego a los maestros de la Facultad de Derecho. Sólo me detendré en tres, cuyos nombres son los primeros que recuerdo

cuando pienso en la Escuela de Jurisprudencia de entonces, Don Manuel Pedroso, Don Mario de la Cueva y Don Jesús Reyes Heróles.

Don Manuel fue un maestro que no sólo contribuyó a formar abogados, pues por el ejemplo mismo de compañeros de mi generación, por su cátedra pasaron quienes luego serían escritores de la talla de Carlos Fuentes y Sergio Pitó. Y hombres que luego destacaron en la política y en la vida de negocios como Miguel Alemán Velasco, creo que Mario Moya Palencia y Pedro Ojeda Paullada fueron también alumnos de Don Manuel, igual que Víctor Flores Olea y Porfirio Muñoz Ledo, para sólo mencionar unos cuantos nombres. En suma, orientó también a mujeres como Aurora Arnaiz Amigo y Cecilia Diamant, todas y todos amantes de la cultura y del *savoir-vivre*.

A este propósito recuerdo que cuando comuniqué a Don Manuel que había obtenido una beca para ir a estudiar como *auditeur* libre, oyente, pues apenas acababa de terminar el segundo año en la Facultad de Derecho, en el Institut D'études Politiques de Paris.

Después de felicitarle Don Manuel me dijo: Aprovecha tus estudios, no vayas a descuidarlos, pero vive París. Y vaya que tenía razón Don Manuel, pues Francia a mediados del Siglo XX a pesar de la cercanía del fin de la Segunda Guerra Mundial que sufrió en carne propia, era un país pleno de inteligencia, de cultura, de sensibilidad, de vida.

Y París con sus museos, sus conciertos, con su teatro, su literatura, con sus cafés, sus librerías, con sus publicaciones y sus diarios era una ciudad maravillosa. Don Manuel sabía muy bien lo que me decía. “Atiende tus estudios, pero vive París”.

En eso como en tantas otras cosas Don Manuel tenía razón, lo cierto es que aquella experiencia me marcó para siempre, por lo pronto entendí algo muy importante, que la política era parte

de la cultura, que el hombre rebelde, según la certera expresión de Albert Camus, es el hombre que dice: No. Ese personaje es también el ciudadano.

En París me casé con Julieta Campos, en pocas palabras tuve la fortuna de realizar lo que afirma el dicho: “El que acierta en el casar, ya se puede equivocar”. A mi regreso a México y gracias a una carta de recomendación de Don Manuel Cabrera—quien fue el primer director de la Casa de México en la Ciudad Universitaria de París— para Horacio Labastida a la sazón funcionario de la Universidad Nacional Autónoma de México y que gracias a su amistad, me puso en contacto con Joaquín Díez-Canedo, Gerente Editorial del Fondo de Cultura Económica, donde fui nombrado Secretario del Trimestre Económico y luego miembro del equipo que se encargaba de revisar los libros que editaba el Fondo.

En mi caso, de los textos de ciencias sociales y, además, comencé a hacer traducciones para la editorial y escribir las solapas de algunos de los libros editados, y más tarde algún prólogo, como el de la Democracia en América, de Alexis de Tocqueville.

Alternando con mi trabajo, estudiando por las tardes fui presentando en exámenes a título de suficiencia y en extraordinarios las asignaturas de tercero, cuarto y quinto años en la Facultad de Derecho, de manera que una vez que estuve listo para el examen profesional visité a Don Manuel Pedroso a quien le pedí que dirigiese mi tesis.

¿Y qué tema has escogido? Me preguntó Don Manuel. Quiero hacer mi tesis sobre el proceso de Kafka, fue mi respuesta. Naturalmente Don Manuel se admiró y de inmediato me respondió que ese era un tema que estaba muy bien para desarrollarlo en la Facultad de Filosofía, pero no lo veía muy adecuado para la Facultad de Derecho.

Yo te sugiero, me dijo, conociendo mis simpatías ideológicas, que hagas tu tesis sobre una obra poco conocida de Marx, me

refiero a los manuscritos económico-filosóficos de 1844. Me gustó la idea y acepté la sugerencia de Don Manuel y como no había traducción al español del texto, auxiliándome de versiones al italiano y al inglés pues lamentablemente no manejo el alemán, y como la versión francesa de aquella época era más bien una selección de textos del libro de Marx, con el apoyo del alemán de Don Manuel emprendí la redacción de la tesis. Debo decir que en el Fondo como corrector de pruebas había leído partes amplias de la traducción del Capital de Don Wenceslao Roces.

Escrita la tesis, el jurado de mi examen profesional lo presidió el propio Don Manuel Pedroso y formaron parte de él Don Jesús Reyes Heróles, Horacio Labastida, Néstor de Buen quien sustituyó al maestro Kuribreña, quien no pudo asistir y ahora se me escapa el nombre del quinto sinodal y Don Mario de la Cueva.

Cuando le dije a Don Manuel que quería invitar al maestro de la Cueva como jurado me dijo: Si invitas al Chato de la Cueva, como se le decía familiarmente a Don Mario, él como ex director de la Facultad y como es rector de la Universidad presidiría el jurado, por esa razón Don Mario de la Cueva no fue sinodal de mi examen profesional.

En cuanto el maestro de la Cueva debo decir que en realidad lo traté ya con más frecuencia en las reuniones sociales del Fondo de Cultura donde fui conociendo a buena parte de la clase intelectual de México y más tarde conversé con él muy a menudo en las reuniones periódicas del Consejo de Directores de la Universidad, o después de las sesiones del Consejo Universitario, pues el maestro era entonces Coordinador de Humanidades de la Universidad.

Don Jesús Reyes Heróles no fue mi profesor, lo invité por ser un historiador y un intelectual distinguido y maestro también de Teoría del Estado. Mi relación con él se dio ya en la vida profesional cuando fue Subdirector del Seguro Social y Director de PEMEX y, sobre todo, en la etapa en la que fue Presidente

del Comité Ejecutivo Nacional del PRI, donde tuve ocasión de tratarlo cotidianamente y de escucharlo tanto en sus discursos como en las conversaciones y en el trato directo de todos los días.

Y aquí me detengo pues ya me he alargado demasiado. La continuación estará disponible una vez que yo escriba y publique mis memorias.

Les agradezco su atención y al cuerpo Directivo del Instituto Nacional de Administración Pública, así como a su Presidente Don Carlos Reta Martínez, les reitero nuevamente mi agradecimiento por la distinción de la que me han hecho objeto.

Muchas gracias a todos ustedes.



Don Enrique González Pedrero sostiene el Diploma del Doctorado Honoris Causa que le Confiere el INAP.



Don Enrique González Pedrero comparte sus reflexiones posteriores al recibimiento del Doctorado Honoris Causa.



Los asistentes a la Ceremonia de Entrega del Doctorado Honoris Causa muestran su reconocimiento a Don Enrique González Pedrero.



Carlos Reta Martínez, Presidente del INAP junto al galardonado Enrique González Pedrero

PRAXIS 176
Ceremonia de Entrega del
Doctorado Honoris Causa a
Don Enrique González Pedrero

Se terminó de imprimir en
Febrero de 2018, en los talleres de:

Impresos Tega, S.A. de C.V.
Emma # 75, Col. Nativitas, México, D.F.
impresostega@gmail.com

La edición consta de 500 ejemplares

Distribución a cargo del INAP

INNAP

SECCIÓN MEXICANA DEL
INSTITUTO INTERNACIONAL
DE CIENCIAS ADMINISTRATIVAS

INSTITUTO
NACIONAL DE
ADMINISTRACIÓN
PÚBLICA, A.C.